

# La noche en que Jesús veló por mí

*Tema de reflexión*

*Marzo 2018*

Getsemaní, el Huerto de los Olivos... “*quien se detiene en él, se encuentra aquí ante un dramático punto culminante del misterio de nuestro Redentor: Jesús ha experimentado aquí la última soledad, toda la tribulación del ser hombre. Aquí, el abismo del pecado y del mal le ha llegado hasta el fondo del alma. Aquí se estremeció ante la muerte inminente. aquí le besó el traidor. Aquí todos los discípulos lo abandonaron. Aquí Él ha luchado también por mí.*” (Benedicto XVI).

Sin duda la Cuaresma nos presenta ante la realidad misma de nuestra existencia. No es la alegría de la Navidad ni el gozo de la Pascua, es el camino -esperanzado- de superación de nuestros temores y pecados, la noche oscura del alma, de la sed existencial ante los grandes interrogantes que todos tenemos que responder alguna vez en la vida: ¿por qué el mal, la muerte, el sufrimiento, el esfuerzo o la soledad? ¿que sentido tiene mi vida, qué más puedo esperar?

El mal no es la última respuesta a las inquietudes humanas, si no un momento íntimo donde es posible encontrar al Dios de la Pascua. Así lo sintió Juan Pablo II en 1981, dirigiéndose a los enfermos del Policlínico Gemelli: “*Ahora sé mejor que antes que el sufrimiento es una dimensión tal de la vida que a través de él penetra en el corazón humano, como de ninguna otra forma, la gracia de la Redención*” (Mensaje, 14- VIII-1981). Getsemaní es el paso necesario para la Resurrección. La fortaleza nace de la lucha y del esfuerzo por querer encontrar a Dios para otorgarle sentido a nuestra propia existencia.

La vigilancia, pues, se hace inevitable. Como también expresaba Benedicto XVI: “*El llamamiento a la vigilancia había sido ya un tema central en el anuncio en Jerusalén, Y ahora aparece con una urgencia muy inmediata. Pero aunque se refiere a aquella hora precisa, este llamamiento apunta anticipadamente a la historia futura del cristianismo. La somnolencia de los discípulos sigue siendo a lo largo de los siglos una ocasión favorable para el poder del mal. Esta somnolencia es un embotamiento del alma, que no se deja inquietar por el poder del mal en el mundo, por toda la injusticia y el sufrimiento que devastan la tierra. Es una insensibilidad que prefiere ignorar todo eso; se tranquiliza pensando que, en el fondo, no es tan grave, para poder permanecer así en la autocomplacencia de la propia existencia satisfecha.*”

La Adoración Nocturna es realmente una llamada para vivir con intensidad el mandato nuevo del amor. Adoramos porque amamos, velamos porque hemos resistido la tentación de quedarnos dormidos ante las soledades y sufrimientos de los demás: *Jesús veló por mí aquella noche de Getsemaní, yo debo velar ahora por los demás.* Antes las *noches existenciales* de muchos hermanos nuestros, las vigilias de oración son faro en medio de la tiniebla que ilumina, orienta y hace llegar al puerto de la Vida a los que viven en la oscuridad y quieren salir de ella: “*el sufrimiento está presente en el mundo para provocar amor, para hacer nacer obras de amor al prójimo, para transformar toda la civilización humana en la civilización del amor.*” (Juan Pablo II).

Cada noche de Vigilia ha de ser una llamada a identificarnos más con Aquel al que adoramos, debe llevarnos a un camino personal de conversión, de cambio de corazón, para sintonizar más con su

Corazón y con el de los demás hermanos. Debemos vivirlo en unas claves sencillas, pero reales, sinceras y evangélicas:

- *“Si uno no nace del agua y del espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios”* (Jn 3, 5). No consiste la vida cristiana en un mero *buenismo*. Nuestra meta es la santidad: es el amor que se entrega sin medida por Dios y por los demás. Es necesario nacer de nuevo, comprender el mundo desde la realidad de Dios. Una nueva vida, a través del bautismo, que cada día se actualiza gracias a una sincera conversión, fruto del Espíritu que actúa en nosotros. ¿Cuales son las claves? Las bienaventuranzas, el mandato nuevo del amor, el seguimiento de Cristo.

- Oración para renovarse, confrontar nuestra vida con la Palabra de Dios, aprender realmente del Maestro. *“En el Nuevo Testamento Jesús, antes de iniciar su vida pública, se retira al desierto durante cuarenta días, sin comer ni beber (cf. Mt 4, 2): se alimenta de la Palabra de Dios, que usa como arma para vencer al diablo. Las tentaciones de Jesús evocan las que el pueblo judío afrontó en el desierto, pero que no supo vencer. Cuarenta son los días durante los cuales Jesús resucitado instruye a los suyos, antes de ascender al cielo y enviar el Espíritu Santo (cf. Hch 1, 3). Con este número recurrente —cuarenta— se describe un contexto espiritual que sigue siendo actual y válido, y la Iglesia, precisamente mediante los días del período cuaresmal, quiere mantener su valor perenne y hacernos presente su eficacia. La liturgia cristiana de la Cuaresma tiene como finalidad favorecer un camino de renovación espiritual, a la luz de esta larga experiencia bíblica y sobre todo aprender a imitar a Jesús, que en los cuarenta días pasados en el desierto enseñó a vencer la tentación con la Palabra de Dios.”* (Benedicto XVI, audiencia del Miércoles de Ceniza de 2012)

Sin duda, la Parábola del Buen Samaritano nos sitúa en estas claves de renovación: no pasar de largo ante las necesidades ajenas, poner luz en tantas situaciones de oscuridad, ayudar a encontrar en la Iglesia las respuestas tan necesarias a las preguntas de todas las personas, *“saber escuchar a Dios en el murmullo de los pobres”* (Luz Casanova), poner a disposición de los demás nuestras vidas, nuestra entrega. *“La elocuencia de la parábola del buen samaritano, como también la de todo el Evangelio, es concretamente ésta: el hombre debe sentirse llamado personalmente a testimoniar el amor en el sufrimiento. Las instituciones son muy importantes e indispensables; sin embargo, ninguna institución puede de suyo sustituir el corazón humano, la compasión humana, el amor humano, la iniciativa humana, cuando se trata de salir al encuentro del sufrimiento ajeno. Esto se refiere a los sufrimientos físicos, pero vale todavía más si se trata de los múltiples sufrimientos morales, y cuando la que sufre es ante todo el alma.”* (Juan Pablo II).

### **Cuestionario para la oración personal:**

1.- ¿Cómo me voy a preparar esta Cuaresma para la celebración de la Pascua? ¿A qué actitudes tengo que *“morir”* para testimoniar de palabra y obra la Vida Nueva? Una clave esencial es la vigilancia: ¿cómo asumo mi pertenencia a ANFE, sólo asistiendo a las vigiliass?

2.- Cristo en la Cruz asumió nuestros dolores, sufrió por mí. ¿Cómo manifiesto mi solidaridad, mi entrega por los nuevos crucificados? ¿Vivo las bienaventuranzas como claves esenciales de mi vida? ¿Es realmente el mandato nuevo del amor lo que mueve mi corazón?

3.- María, Madre de la Iglesia, supo estar firme al pie de la Cruz. ¿Rehúyo el compromiso? ¿Flaqueo en la oración? ¿Llevo ante al altar de Dios en cada Vigilia los sufrimientos y dolores de la humanidad?